

En memoria de José M^a Valverde Pacheco Valencia de Alcántara (Cáceres), 1926- Barcelona, 1996

MARGARITA BOLADERAS

*«(...) no es un erudito, ni un hombre de ciencia,
sino alguien que ejercita la cultura como modo de
humanidad en toda su plenitud.»*

Esta frase se encuentra en el libro de José M^a Valverde *Guillermo de Humboldt y la filosofía del lenguaje*; era su forma de caracterizar al gran humanista, en un trabajo que presentó como tesis de doctorado (Universidad Complutense de Madrid, 1952), publicado en 1955 (Madrid, Gredos). Ahora, desde la perspectiva de ese punto y aparte que nos ha sido impuesto entre el hilo de su vida y el nuestro, su afirmación se nos presenta en cierta medida discutible para el caso de Humboldt y totalmente adecuada para definir su propia vida, su incansable actividad profundamente humana, de penetrante lucidez crítica y de gran despliegue creativo (poeta, filósofo, historiador y crítico de la literatura, traductor, articulista...).

José M^a fue el hombre cabal, para el que la cultura no era un añadido, una estrategia de fuego fatuo, sino una forma de vivir, de articular su sensibilidad y sus relaciones personales, su comprensión del mundo y su compromiso social. En la impresionante ceremonia litúrgica que siguió a su muerte (en su parroquia de San Ildefonso de Barcelona), se hizo patente el cariño y el respeto de centenares de personas, de sectores muy diversos. A través de las palabras de parientes y amigos, todos percibíamos la exquisita discreción del buen hacer de este hombre y admirábamos su entereza moral durante los últimos meses de su vida, cuando ya sabía que un cáncer en las cervicales estaba acabando con él.

A pesar del vacío producido por su muerte, queda su presencia en la palabra, en la voz apremiante que habla desde su vida y sus obras. Nos recuerda que no hay plenitud humana sin el ejercicio permanente del pensamiento y la acción. Las situaciones de flagrante injusticia, que tanto proliferan en nuestro mundo, requieren nuestra acción, de forma directa e indirecta. José M^a se preocupó de ello toda su vida. Con todo, cabe destacar dos situaciones de especial radicalización:

La primera, cuando dimitió de su Cátedra de Estética de la Universidad de Barcelona, que había ganado en 1955, en solidaridad con José Luis L. Aranguren, García Calvo y Tierno Galván, tras su expulsión de la Universidad

española por la dictadura franquista (1965); este «gesto» le obligó a emigrar a los Estados Unidos y al Canadá (1968-1977) para poder seguir su labor universitaria (fue profesor de literaturas hispánicas y comparada) y mantener con dignidad a su numerosa familia (en 1952 se había casado con Pilar Gefaell, una joven madrileña, hija de austriaco y española; el matrimonio Valverde tuvo cinco hijos). No se le restituyó la Cátedra hasta 1977.

La segunda situación nos lleva a considerar una actividad que le ocupó muchos años. Los acontecimientos políticos que se produjeron en Nicaragua contra el régimen somocista, en los que se involucraron poetas y escritores católicos amigos de Valverde (especialmente Ernesto Cardenal, el Ministro de Cultura del gobierno sandinista), provocaron su movilización. Quiso aportar una ayuda efectiva al pueblo nicaragüense. Con este fin no sólo dio conferencias, participó en lecturas poéticas, mesas redondas, programas de radio y TV, etcétera, sino que también creó (1982) una asociación catalana de amistad con dicho país, la Casa de Nicaragua en Barcelona, de la que fue presidente durante diez años y que en los primeros tiempos tuvo su sede en la propia casa de los Valverde (con Pilar, su esposa, como activista infatigable). El objetivo principal era la ayuda directa, con el envío de material, dinero y personas que acudían a Nicaragua como cooperantes. Se sentía solidario con los pueblos oprimidos por el sistema capitalista («no hay más que países “subdesarrollados” y países “subdesarrollantes” de los demás») y era crítico de los procedimientos de intervención de los Estados Unidos en otros países. Como puede suponerse, esta toma de partido le comportó duras críticas de algunos famosos contertulios en los medios de comunicación, así como de ciertos colegas universitarios. Pero siempre tuvo amigos que le apoyaron y secundaron.

Sería un error asociar su radicalismo a la ideología política; Jose M^a reaccionaba, sobre todo, contra la injusticia, la indignidad y la infidelidad. Recuerdo, por ejemplo, su malestar ante el psicodrama nacional de la familia Panero, con la película «El desencanto»; el falangista Leopoldo Panero merecía un respeto como persona y como poeta, y no podía comprender que se lo negara su propia familia (a la que conocía personalmente). Y no es que fuera partidario de la ocultación: el matrimonio Valverde hablaba abiertamente de sus vidas y las de sus hijos, siempre con delicadeza; y se demostró con creces en su manera de afrontar algunas situaciones concretas.

En su faceta de Catedrático de Estética en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Barcelona, actuaba como la voz de una memoria y el auscultador de las querellas más recientes, ofreciendo cada año temáticas distintas, al tiempo que ampliaba y fundía horizontes: filosofía, literatura, artes plásticas, contextos socio-históricos. Una voz que se había fraguado en el duro trabajo de la creación poética y de la traducción.

Por su larga y densa trayectoria como traductor recibió el Premio Nacional en 1990. Por su cabeza y sus manos (siempre mecanografió él mismo sus traducciones y libros) encontraron expresión literaria castellana los textos del

Ulises de Joyce y el teatro completo de Shakespeare, obras de Rilke, Hölderlin (así como las *Interpretaciones sobre la poesía de Hölderlin*, de Heidegger), Heine, Goethe, Novalis, Morgenstern, Dickens, Melville, T. S. Eliot, Faulkner, Thomas Merton, Henry James, Bellow, Jane Austen, Doris Lessing, Alain-Fournier, Joan Maragall, Gabriel Ferrater, etc. Incluso llevó a cabo una versión del Nuevo Testamento del griego y colaboró en la edición castellana de la liturgia católica.

Su obra poética comprende: *Hombre de Dios* (1945, con prólogo de Dámaso Alonso), *La espera* (1949), *Versos del domingo* (1954), *Voces y acompañamientos para San Mateo* (1959), *La conquista de este mundo* (1960). En 1961 hizo una primera recopilación, *Poesías reunidas*, y en 1971 una segunda, *Enseñanzas de la edad. Poesía 1945-1970*, que presenta «no con criterio de antología, sino con supresiones que querría que se consideraran definitivas», y añade nuevos poemas titulados «Años inciertos» (1970). *Ser de palabra (y otros poemas)* aparece en 1976. Finalmente, su nueva recopilación *Poesías reunidas. 1945-1990* (1990) recibió el premio de poesía Ciudad de Barcelona en 1991. Premonitoriamente José Luis L. Aranguren había escrito en 1957: «(...) ahí está José María Valverde, de quien tal vez un día haya de hablarse más que de nadie. Es la *poesía concreta de nuestra vida*, que pide Banfi...» («Poesía y existencia», en *Crítica y meditación*, Madrid, Taurus, 1957, pp. 27-28.) Poco antes de su muerte, la revista *El Ciervo* (abril 1996) le homenajeó en el cincuenta aniversario de su primer libro de poesía; además del director Lorenzo Gomis colaboraron, entre otros, Xavier Rubert de Ventós, Francisco Fernández Buey, Rafael Argullol, Félix de Azúa, Jordi Llovet, Pascual Maragall, Victoria Camps, Norbert Bilbeny...

Asimismo llevó a cabo varias antologías: *A. de la literatura española e hispanoamericana* (1965, con Martín de Riquer), *A. p. de Unamuno* (1977), *A. p. de Ernesto Cardenal* (1979²), *A. p. de Roberto Fernández Retamar* (1982), *A. de la literatura española e hispanoamericana* (1986-88, con Dámaso Santos).

Como escritor y poeta Valverde se declaraba deudor de Antonio Machado, Azorín y sus compañeros de generación Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco..., y admiraba a Rilke (de manera especial), Hölderlin, Heine, Eugenio D'Ors, García Calvo, etc. Su erudición fue sobresaliente desde su juventud. Ya en 1949 escribió en *Ínsula* un artículo sobre «T. S. Eliot, desde la poesía americana», calificado de prodigioso por Juan Ramón Jiménez, en el que alude a grandes nombres de la literatura anglosajona, Pound, Whitman, Hardy, Yeats, al lado de referencias a César Vallejo, Pablo Neruda, Gabriela Mistral y Hölderlin. Por cierto, que ahí empieza su llamada de atención sobre la pregunta de este autor «¿y para qué poetas en tiempo de necesidad?» (*Brot und Wein*, VII, v. 122), esa idea que le acompaña toda su vida: «tiempo menesteroso», ¿qué hacer en este tiempo menesteroso (*in dürftiger Zeit*)?

Publicó su primer libro de poemas durante el segundo año de «comunes» de Filosofía y Letras (1945, Universidad de Madrid), con un prólogo muy

elogioso de Dámaso Alonso. Y, aunque éste le hubiera querido en sus aulas de filología, Valverde optó por la especialidad de Filosofía, «sin tener claro qué podría hacer en la práctica con ella». Probablemente su búsqueda inquieta de un sentido del mundo vinculado a la religión de la Palabra influyó en su determinación. La experiencia inicial de la Facultad fue absolutamente decepcionante: «La enseñanza resultó desastrosa: un poco de escolástica de segunda mano y las ocurrencias personales de algunos profesores. Yo, sin embargo, dispuse de un arma secreta: los apuntes de dos cursos de Zubiri, de antes de la guerra, cuidadosamente tomados por el poeta Luis Felipe Vivanco, sobre introducción a la filosofía griega y sobre Aristóteles, así como las conferencias semanales del propio Zubiri, deslumbrante muestra de sabiduría y de inteligencia crítica.» [«Terceras Conferencias Aranguren de Filosofía», Instituto de Filosofía de Madrid, publicadas en *Isegoría*, 11 (1995), p. 6.] Siempre recordó con entusiasmo estas conferencias zubirianas, que valoraba muy por encima de las que también dio en aquella época Ortega y Gasset.

A la huella que dejó en él Zubiri como pensador hay que añadir otros importantes complementos. José M^a destacaba siempre el impacto que le produjeron Cassirer, Humboldt, Walter Benjamin... Le impresionó asimismo la cultura italiana, que conocía muy bien, puesto que pasó cinco años en Roma como lector de español (1950-55). De esa época son sus colaboraciones para el semanario barcelonés *Revista*.

Entre sus libros destacan: *Estudios sobre la palabra poética* (1952), *G. de Humboldt y la filosofía del lenguaje* (1955), *Storia della letteratura spagnola* (1955), *Cartas a un cura escéptico en materia de arte moderno* (1959), *Breve historia de la literatura española* (1969), *Azorín* (1972), *Antonio Machado* (1975²), *Conocer Joyce y su obra* (1978), *El Barroco: una visión de conjunto* (1980), *Joyce* (1980), *Vida y muerte de las ideas: Pequeña historia del pensamiento* (1980, ed. ampliada 1989), *Breve historia y antología de la estética* (1987), *Viena: fin del Imperio* (1990), *Cervantes* (1991), *Arquitectura y moral* (1992), *Nietzsche, de filólogo a Anticristo* (1993), *El arte del artículo* (1994, selección de sus artículos periódicos, desde 1949 hasta 1993; algunas veces utilizó el seudónimo «Gambirinus»), *Diccionario de Historia* (1995). Especialmente relevante fue su colaboración con Martín de Riquer en la *Historia de la literatura universal*, una obra en 10 volúmenes. Participó en los homenajes a J. L. L. Aranguren, *Teoría y sociedad* (1970) y *Homenaje a...* (1972). La prensa publicó varias entrevistas a lo largo de los años; los acontecimientos dieron especial relevancia a la que le hizo Salvador Pániker poco antes de presentar su dimisión de la Cátedra de Barcelona y que forma parte del libro *Conversaciones en Cataluña* (1966).

En el texto antes mencionado de las «Terceras Conferencias Aranguren de Filosofía», que tuvieron lugar el 7, 8 y 9 de marzo de 1994 en el Instituto de Filosofía de Madrid (publicadas en el volumen 11 de la revista *Isegoría*, 1995), ofreció algunas pinceladas de su *curriculum* y explicó aspectos básicos de su concepción del lenguaje, que configuran su trayectoria filosófica y poética.

También nos da un aviso: no leer *G. de Humboldt y la filosofía del lenguaje* (edición de 1955), sino la reedición publicada como «Introducción» al libro de W. von Humboldt *Escritos sobre el lenguaje* (Península, 1991). El primero es un libro sorprendente y extraordinario para la época en que fue escrito, en el contexto español. Valverde no sólo quiso aportar un estudio original y de conocimiento directo de la obra de Humboldt (primera parte), sino también relacionar este autor con Croce, Vossler, Karl Bühler y Cassirer (segunda parte) y ofrecer una traducción selectiva de «Sobre la diversidad de estructura del lenguaje humano y su influjo en la evolución espiritual de la humanidad», de Humboldt. En la segunda parte se dejó influir demasiado por estudios de su tiempo que no estaban a la altura de su investigación humboldtiana; de esa parte prescinde en la edición de 1991. Sin embargo, ya en el planteamiento del libro de 1955 encontramos explícitamente formulado lo que será característico de la obra en prosa de este autor: «una labor de índole informativa y aclarativa», «histórica, pero no erudita, sino sintética —sin confundir la sintetización con la vulgarización estilo *Digest*—», «una crítica literaria de rango filosófico». Algunas ideas de Humboldt tampoco le abandonarán: «el lenguaje es la forma de operación del pensamiento humano»; «la naturaleza del lenguaje es la actuación por despliegue sucesivo, en conexión con una materia articulada que lo encarna, y en que se sintetiza la subjetividad de que nace con la objetividad a que abre acceso» (p. 31).

En el verano de 1985 acompañé al matrimonio Valverde en un viaje a Viena (luego siguieron otros a Albi, PortBou —tras las huellas de W. Benjamin—, al Montseny...). En Viena querían rememorar sus raíces austríacas —destruidas o dispersas por el nazismo— y zambullirse en esa magna exposición que fue «*Traum und Wirklichkeit*» (Sueño y realidad), dedicada a la historia del desarrollo de la ciudad (en todas sus facetas) durante la época de 1870 a 1930. Allí se gestó su libro sobre Viena (1990). Por otra parte, tenía ya en la cabeza una obra sobre Nietzsche, en la que se pudiera oír la voz de ese mago de la palabra a través de sus textos, como la publicada en 1993.

A pesar de su intenso trabajo aún encontraba tiempo para echar una mano en una traducción, dar un consejo (en mi época de Decana se lo solicité varias veces), animarme a escribir y concursar a un premio de ensayo, etc. Por ello, por nuestras sosegadas conversaciones viajeras, por su espíritu humano, quise expresar mi gratitud dedicándole mi libro *Jocs de vida* (premio de ensayo «Joaquim Xirau» del Ateneo barcelonés, 1989). Más adelante actué de puente entre el editor y José M^a para que se publicara *El arte del artículo*. Ahora únicamente puedo evocar su palabra.

Valverde escribió una necrológica que tituló «Presencia de Eugenio D'Ors». La presencia de Valverde es, como se acaba de ver, multiforme. Recordaré tan sólo seis versos de sus primeras poesías, «Elegía para mi muerte»; en ella expresa su desazón, su miedo ante la muerte, pero también su fe («... Pues habéis sido un día, seréis siempre») y su esperanza en la presencia de una voz nunca acallada:

Ya, Muerte, estás en mí.
Ya tu hielo me ha entrado al corazón
y tu plomo a mis pasos.
¿Adónde iré, si todos los caminos
llevan a tu horizonte?
(...)
En penumbra, mis versos hablarán en voz baja.

(Enseñanzas de la Edad. 1945-1970, pp. 14-15)

Barcelona, 20 de enero de 1997